Centenarios y Simone de Beauvoir

JOSÉ CARLOS ROVIRA

El año se abre conmemorativamente, en Francia sobre todo, con el centenario de Simone de Beauvoir. Nació el 9 de enero de 1908 y el mundo cultural de su país parece que está dispuesto a prestar una gran atención al significado de la escritora, mediante el desarrollo de congresos, seminarios, exposiciones, encuentros de todo tipo. Yo creo que los centenarios son una saludable actividad, basada en el recuerdo, pero centrada sobre todo en dar dimensión contemporánea a los emblemas de una época tan especial para nosotros (los que lo vivimos ya en una parte importante de su transcurrir) como es el siglo XX. Los centenarios sirven para recordar y reactualizar, releer también, plantearse el valor de las ideas, comportamientos, actitudes, de personalidades esenciales de un tiempo del que somos directamente herederos.

2008 tiene para mí algunos nombres ineludibles de recordar, estímulos en años jóvenes en los que la literatura, el cine o la política se situaban con frecuencia en territorios de una pasión juvenil que convertía un testimonio en huella indeleble. Muchos años después, al reconocer la fecha redonda de su nacimiento hace un siglo, juego a veces a recordar cómo fue mi encuentro con aquel nombre, con aquella imagen, con aquella obra, a preguntarme qué significados tuvo y cuáles tiene ahora. Con seguridad realizaré ese ejercicio otras veces. En 1908, nació un escritor que sigue siendo esencial en mi memoria de lector, Cesare Pavese; una mujer que fue un estremecimiento de imagen mediante algunas películas que recorren una de las corrientes cinematográficas que más me interesaron, el neorrealismo italiano, y estoy hablando, claro, de Anna Magnani; por último, un político que sigue teniendo un significado moral e histórico que el tiempo no puede desdibujar, Salvador Allende.

> Beauvoir consumó una obra amplia en la que creó algunos libros memoriales imprescindibles para nuestra tradición cultural

Sin embargo, hoy estoy intentando sólo recordar a Simone de Beauvoir, otra figura que el tiempo no puede difuminar. Me preguntaba estos días cuándo de-

(Sigue en la página 24) ➜

➜ (Viene de la página 23)

Centenarios y Simone de Beauvoir

bí asumir alguna relación con su obra, cuándo pude ver su primera imagen, cuándo supe que era un nombre imprescindible para la perspectiva cultural que intentaba construirme. Y me voy cuarenta años atrás y me veo con una edición latinoamericana, argentina, de «El segundo sexo» comprada por Concha en la librería Lux de la calle Mayor. Y veo cómo interrogábamos a un libro que era de difícil comprensión, cómo completábamos el atractivo político del libro con las noticias parciales de Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre encaramados en las tribunas parisinas de la «revolución» de mayo de 1968, apoyando a los estudiantes en lucha, a los obreros en huelga, a los piquetes que levantaban barricadas en las calles. Y luego, vuelvo a ver a Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre, acorralados por primera vez tras una lucha fracasada y una derrota previsible. Y veo a Sartre y a la Beauvoir detenidos por la difusión pública de un periódico izquierdista prohibido, «La cause du peuple», y me veo diciéndome que de mayor querría ser como ellos...

EVAN O'NEIL

La tumba de Sartre y la escritora Simone de Beauvoir en el cementerio de Montparnasse en París

Han pasado los años, bastantes, y me pregunto de nuevo qué entendí de aquel libro que estoy seguro haber leído en esos mismos años. Me imagino que todo lo que diga tiene la mediación de algunas décadas de comprensiones e incomprensiones que determinan como interferencia cualquier seguridad sobre aquella primera lectura. Diré en cualquier caso que supe que era el libro de una mujer que realizaba una larga pregunta sobre la condición de la mujer en la historia y en la sociedad contemporánea. Y construía afirmaciones que tenían que ver con la constatación de una larga marginación y la propuesta de que, sólo asumiéndose a sí mismas, podían realizar una vida diferente, que sería una vida en libertad y plenitud, una vida en igualdad a los hombres que las marginaban y les impedían realizarse. Emblema del feminismo de la igualdad en la segunda mitad del siglo XX, paradigma de liberación y análisis minucioso, en las coordenadas del pensamiento existencial, de la condición oprimida de la mujer y de su posible liberación, era también una llamada directa a cada mujer para que asumiese su futuro. Y una llamada también muy dirigida a todos, a los que quisieran comprender el mundo en unas coordenadas que llamábamos progresistas.

Sería curioso seguir todos los ataques que recibió y los medios duraderos que se emplearon contra ella: tras su muerte en 1986, una tendencia a la denigración biográfica, a la construcción de la vida escandalosa de la pensadora, al recuento de sus sumisiones a Sartre y a otros amores que mantuvo, también usos indebidos de la correspondencia y de testimonios cercanos e interesados, quisieron convertir a la Beauvoir en «la dama de hierro sartriana», como fue bautizada por alguno de sus detractores. Para combatir las ideas se realiza a veces, desde el pensamiento de la derecha, operaciones innobles de reconstrucción biográfica.

Al margen de estos extremos que no me interesan, consumó una obra amplia en la que, si su producción literaria, creativa, sus novelas, no alcanzan para mi entender los niveles de otra parte de su escritura, creó algunos libros memoriales imprescindibles para nuestra tradición cultural. Tengo «La ceremonia del adiós», su último libro, traducido en España en 1982, como un recurso necesario para entender los avatares de una época. Fue su testimonio desolado y hasta algo cruel sobre los últimos años de su compañero de luchas y amor, Jean Paul Sartre. Recuerdo el comienzo del libro como la pesadilla de una mujer que, en 1980, en el cementerio de Montparnasse, cuando enterraban al filósofo unas sesenta mil personas, agotada por pastillas e insomnios, oye decir a un joven desde la ventanilla del coche que la transporta: «Es la última manifestación del 68». Pensé siempre que la última manifestación del 68 fue la de los que la acompañaron a ella seis años después, en 1986, al mismo cementerio y a la misma tumba. ❑

José Carlos Rovira es catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Alicante.